

ENTROMETERSE CON LA NATURALEZA HUMANA: LOS RESULTADOS POLÍTICOS DE LA BIOTECNOLOGÍA*

Daniel J. Kevles

Our Posthuman Future: Consequences of Biotechnology Revolution, Francis Fukuyama, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2002.

En *El fin de la historia y el último hombre*, Francis Fukuyama sostuvo que la historia había terminado porque el mundo estaba convergiendo hacia sociedades de capitalismo democrático. La tesis del libro, que causó gran polémica durante su primera edición en 1989, parece aún más discutible tras lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001.

Ahora, en *Our posthuman future (Nuestro futuro poshumano)*, volumen que muy probablemente también será cuestionado, afirma que la tecnología ha provocado “el reinicio de la historia”. Con ello quiere decir que la manipulación tecnológica de los seres humanos podría “llevarnos a una etapa ‘poshumana’ de la historia”: cambiar la naturaleza humana en maneras que corroan los cimientos del orden político convergente putativo.

Fukuyama aporta a esta exploración un considerable conocimiento filosófico, incluido un respeto manifiesto por Nietz-

sche, cuyas citas dan título a muchos de los capítulos del libro. También ha estudiado biotecnología y ha asimilado sus debates, en especial sobre su aplicación en seres humanos.

Our posthuman future es repetitivo y está sazonado con una serie de juicios cuestionables, además de varias afirmaciones contradictorias que lo hacen un tanto confuso. Sin embargo, arrastra al lector con lo provocativo de sus argumentos y con la originalidad de sus vínculos entre los futuros biotecnológico y político.

La tesis de Fukuyama se basa en la idea de que existe una naturaleza humana reconocible. Supone que se trata de “la suma de todas las conductas y características típicas de la especie humana, que surgen de factores genéticos más que ambientales”. Desde hace mucho, la materialización de la naturaleza humana ya no está de moda entre los biólogos, quienes reconocen la importante contribución del ambiente sobre las características humanas, y la mayoría de los filósofos, quienes señalan, entre otras cosas, la amplia variedad de valores y conductas entre las diversas culturas.

Fukuyama responde parcialmente a esas objeciones haciendo uso de algunas declaraciones recientes de la neurociencia y de la biología conductual. Así, el cerebro no es la pizarra en blanco de Locke, sino “un órgano modular lleno de estructuras cognitivas altamente adaptadas, casi todas exclusivas de la especie humana”. Así, los universos entre diferentes culturas han sido “programados” en nosotros por la evolución,

* Traducción del inglés de Susana Moreno Parada.

en particular nuestra propensión a “analizar sintácticamente el lenguaje buscando pruebas de engaños, evitar ciertos peligros, ser recíprocos, buscar venganza, avergonzarse, cuidar de nuestros hijos y padres, sentir repulsión hacia el incesto y el canibalismo, atribuir causalidad a los sucesos”.

Fukuyama teme que, aun sin cambiar la naturaleza humana como tal, la ingeniería genética humana pueda tener efectos adversos en nuestras vidas mutuamente interactivas y, por tanto, políticas. En una rara extrapolación, esboza las consecuencias que habría si los ingenieros genéticos lograran duplicar la expectativa de vida de los humanos: las mujeres ancianas compondrían una fracción desproporcionadamente grande de la sociedad y, como no se sentirían inclinadas a apoyar el uso de la fuerza en asuntos internacionales, debilitarían la capacidad de las democracias para defender sus intereses militarmente. Peor aún, nuestra sociedad tendría la carga de un enorme conjunto de personas que no pueden reproducirse ni trabajar, lo que retrasaría el cambio social mientras viven otros setenta años en asilos para ancianos.

Pero las consecuencias cotidianas de la ingeniería genética humana le preocupan menos a Fukuyama que su amenaza potencial sobre la naturaleza humana, porque la naturaleza humana es fundamental para nuestras nociones de justicia, moral y cualquier otra “definición significativa” de derechos humanos. Sostiene, por ejemplo, que los derechos humanos basados en nuestra inclinación a proteger a los nuestros antes

que a los extraños ofrecen “una cimentación más sólida para el orden político” que aquellos –parece implicar– que nos obligan a cuidar, digamos, de madres solteras o de personas pobres del Tercer Mundo.

Un orden democrático estable también exige respeto por una dignidad humana inviolable, que Fukuyama apoda “factor X”, como un factor esencial que nos distingue de los demás animales. Aquí parece contradecirse. Por un lado hace una extrapolación de los estudios evolutivos de la conducta animal para afirmar la existencia de una naturaleza humana; por el otro, insiste, recurriendo a Nietzsche, en quien encuentra una mejor guía que en las legiones actuales de bioéticos, en que no debemos admitir “un *continuum* de sutiles matices entre humano y no humano”. Reconocerlo implicaría un *continuum* comparable dentro de la especie humana y constituiría la justificación de un orden social no democrático, una “liberación de los fuertes de las limitaciones que creer en Dios o en la Naturaleza les ha impuesto”.

Fukuyama está igualmente preocupado por la repercusión potencial de la biotecnología en las calidades humanas inefables, como la individualidad, la ambición y el genio. Encuentra alarmantes presagios de la dirección que podría tomar la modificación genética humana en los usos que ahora se le dan a las drogas neurofarmacológicas Prozac y Ritalin. Dice, caricaturizando esos usos, que el primero es prescrito a mujeres deprimidas carentes de autoestima, y el segundo a varones jóvenes que no

quieren permanecer sentados en clase. Según él, las dos drogas juntas están empujando a los dos sexos “hacia esa personalidad andrógina media, autosatisfecha y socialmente dócil, que es el resultado actual políticamente correcto de la sociedad estadounidense”. Advierte que vendrán más de esas drogas, todas con profundas implicaciones políticas, porque convertirán a la conducta desviada en una patología que ameritará ser restaurada químicamente para adaptarse a la norma conformista.

Los pronósticos biotecnológicos de Fukuyama son, por decir lo menos, selectivos, elaborados a la medida de su alarmismo. Si jugamos su juego especulativo por un momento, uno puede imaginar que si los ingenieros genéticos pueden duplicar la expectativa de vida, también podrían ingeniárselas para eliminar el diferencial de longevidad entre hombres y mujeres y dotarnos de energía hasta los 140 años. Fukuyama elige características sociobiológicas constitutivas de la naturaleza humana que son congruentes con el capitalismo democrático, ignorando aquellas –por ejemplo, el tribalismo, la sumisión a la autoridad y la subordinación de las mujeres a la reproducción– que parecen hacer que grandes partes del mundo sean decididamente resistentes a las libertades y a las estructuras políticas de Occidente.

A pesar de su selectividad, Fukuyama concede que la biotecnología humana tiene “una promesa indiscutible” y no quiere deshacerse de ella. Sin embargo, no está dispuesto a dejar que la iniciativa biotec-

nológica se las arregle sola, pues teme, con mucho tino, que el comercio y la ambición también la lleven hacia la autorrestricción. En la última sección de su libro pide que la regulación nacional e internacional de biotecnología se retire del capitalismo de libre mercado. Para empezar, los Estados Unidos deben seguir a otros países y prohibir la clonación humana con fines reproductivos, no principalmente porque su uso pudiera ser peligroso para el feto, sino primordialmente porque si no lo hacemos legitimaríamos las manipulaciones genéticas mucho más grandes de los seres humanos. “Es importante determinar un marcador político desde un principio para demostrar que el desarrollo de esas tecnologías no es inevitable”, que las sociedades pueden controlar el ritmo del avance tecnológico.

Fukuyama sostiene que necesitamos instituciones con poderes para hacer cumplir la ley, “que discriminen entre los avances tecnológicos que promuevan el florecimiento humano y los que plantean una amenaza a la dignidad y el bienestar humano”. Además de la clonación, se necesita una regulación acerca del diagnóstico y la revisión previa al implante, la ingeniería de líneas de gérmenes, la creación de quimeras humanas y la producción de nuevas drogas psicotrópicas. Antiguo miembro del Departamento de Estado (ahora da clases de Estudios Internacionales en la Universidad Johns Hopkins), Fukuyama plantea argumentos plausibles sobre cómo y por qué esa regulación debe ser alcanzable en la práctica no sólo nacional sino interna-

cionalmente. Su herejía de la religión del capitalismo de libre mercado puede atraer muchos seguidores. Tal vez no queden convencidos de que un mundo poshumano está realmente en el horizonte, pero no están menos molestos que él por el ejerci-

cio de la libertad libre de ataduras en la biotecnología humana. 

© 1996-2002 Scientific American, Inc. Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción total o parcial sin permiso.

